



“La Universidad es más formación que información”

Entrevista al catedrático Juan Orellana, ganador en dos cursos consecutivo del premio que conceden los alumnos al mejor docente de la ETSIAAB. “Creo que valoran sobre todo que te preocupes de ellos”, afirma.

Dos años consecutivos ha ganado el catedrático Juan Orellana la Espiga de Oro, el premio al mejor docente de la Escuela Técnica Superior de Ingeniería Agronómica, Alimentaria y de Biosistemas (ETSIAAB) que concede la Delegación de Alumnos. La entrega de los galardones correspondientes al curso pasado se celebró a finales de octubre, tras retrasarse varios meses por la pandemia que vació las aulas en marzo. Orellana, que pertenece a la Unidad de Genética del Departamento de Biotecnología-Biología Vegetal, confiesa que sabe mejor el premio en esta segunda ocasión. “Te puede tocar uno por suerte, pero si son ya dos veces te lo empiezas a creer un poco”, bromea. Más serio se pone al explicar su experiencia con la enseñanza telemática y la opinión que le merece el devenir de la Universidad española.

¿Qué cree que es lo que más valoran los alumnos que votaron por usted?

Creo que valoran sobre todo que te preocupes de ellos, que seas humano. Porque la enseñanza yo no la concibo solamente con dar unas clases o impartir unos conocimientos; la Universidad, siempre lo repito, es más formación que información. Actualmente, la información es fácil de conseguir: hay muchas plataformas, muchas fuentes, muchos recursos; pero [es distinto] formarlos [a los alumnos] y que te preocupes, por ejemplo, del posgrado, de las salidas profesionales que tiene o de intentar ayudarles a conseguir una

beca. Aconsejarles, muchas veces más duro de lo que pueda hacer un padre. La relación humana es lo que más agradecen; porque [respecto a] la relación académica, soy de los que más suspenden en este grado [de Biotecnología], así que no creo que estén muy contentos por esa parte. Y la calidad de la enseñanza espero, por supuesto, que la valoren también.

El tramo final del curso pasado estuvo marcado por la abrupta suspensión de las clases presenciales. ¿Cómo fue la experiencia?

Tuve suerte porque acumulo casi todas las clases durante el primer cuatrimestre y tengo bastantes pocas durante el segundo. La experiencia fue traumática, en principio. A veces digo que soy pesimista, pero no es pesimismo, es prever cualquier coyuntura que pueda ocurrir. En el momento en que se pensó que habría confinamiento, empecé a preparar a mis alumnos del segundo cuatrimestre por lo que pudiera venir. De hecho, por ejemplo, con los alumnos que tienen examen extraordinario siempre hacemos una especie de reuniones, de tutorías globales, y las empecé a preparar por internet, también exámenes, cuestiones, tests, y no me pilló de improviso. Pero creo que fue muy traumatizante porque fue muy rápido para mucha gente.

¿Y la respuesta de los alumnos?

Buenísima. Los alumnos responden fenomenal siempre. Enseguida se acomodan, se adaptan perfectamente a lo que tú les pidas. Y [se mostraron] muy comprensivos.

¿Cómo se planifica un curso que ya arranca con presencialidad parcial?

La planificación ha sido a nivel particular; cada profesor lo ha hecho por su cuenta. La sensación que tengo es que no ha habido una coordinación general ni unas pautas globales, ni de la universidad ni del centro. En verano empecé a



Juan Orellana.

preparar las clases porque pensaba que iban a ser *online*, y acerté. Y varía mucho [la planificación] porque la utilización de recursos *online* es muy diferente a las clases presenciales. Creo que una parte de la enseñanza telemática ha llegado para quedarse porque es muy interesante, aunque no puede suplir la enseñanza presencial e intentamos paliarlo de la mejor manera posible.

Entonces, ¿algunas de las innovaciones obligadas por la coyuntura valdrán también para cuando se recupere la normalidad?

Sí, sí. Las plataformas de enseñanza *online*, de hecho, han evolucionado. De lo que eran antes a lo que son ahora, han variado mucho. Creo que ha sido muy traumatizante para cierto profesorado, que yo no lo concibo porque concibo un profesor universitario como alguien bastante inquieto con todo: la tecnología, los métodos de enseñanza, la pedagogía; pero ha habido muchos profesores que les ha llegado y les ha influido mucho. Y esto llega para

Pasa a la página siguiente

Viene de la página anterior

llega para quedarse, evidentemente. Hay una serie de herramientas que no mirábamos, pero que potencian mucho la enseñanza. Lo que sí es cierto es que, como todo, va a exigir dinero. Por ejemplo, la incorporación de pizarras digitales en el aula, que no es una inversión muy grande, abre una cantidad de posibilidades espectacular.

¿Qué es lo que echa más de menos en esta situación?

Las clases presenciales. Porque las clases *online* no pueden paliar [la ausencia de] las clases presenciales. La Universidad no es solamente dar clase, no es una academia. La interacción humana, la interacción entre los propios chicos... Ellos dicen una cosa que es verdad: recibir clases en casa solo no es motivador porque no facilita aprender; en cambio, en un aula, el hecho de tener un compañero que ves que tiene las mismas dificultades que tú, compartir experiencias, el entendimiento o no de un determinado tema, es muy importante. La sensación que tengo como profesor es que simplemente viéndoles la expresión tú sabes hasta qué punto están o no entendiendo, hasta qué punto puedes o no profundizar; eso, *online*, se pierde totalmente porque lo único que ves es una letra y un correo electrónico en una pantalla. Y, aunque intentas motivarles para que participen, mi experiencia es que participan los cuatro o cinco de siempre; al resto ni les conoces, no los ves. Eso es bastante grave.

Los profesores universitarios tienen una doble labor, investigadora y docente. ¿Resulta fácil el equilibrio?

Está totalmente desequilibrado. Y discriminado. Eso crea una situación que no da importancia a la docencia y sí a la investigación cuando las dos cosas son fundamentales. Se nos valora igual por la investigación para concedernos un plus de productividad por sexenios que a la gente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) cuando [en su caso] esa es su única labor. Intentar compaginar las dos cosas es muy complicado. Además, en esta situación de ahora [con las restricciones por la pandemia], tremendamente difícil porque está limitado el acceso a los laboratorios.



Juan Orellana, entre Guillermo Guardia (izquierda) y Daniel Palmero, en la entrega de los Espiga de Oro.

El año pasado, al recoger el premio otorgado por los alumnos, lamentó sentir que la vocación docente estuviera un poco denostada en algunos ámbitos de la Universidad.

Sí. Hay profesores que simplemente se dedican a la docencia, lo cual me parece un error porque, si no investigas, no tienes ese plus de innovación, de motivación por lo nuevo, de incorporar nuevos conocimientos que al final contribuyen a una enseñanza de calidad. Otros intentamos compaginar las dos cosas... también depende de la edad. Y hay un tipo de profesorado al que la docencia no le importa absolutamente nada. Esa es la realidad y soy claro. La docencia está denostada [por este grupo], poco valorada; incluso [considera] que no tiene ninguna importancia, que la puede hacer cualquier persona medianamente bien. Y es mucho ese profesorado [que opina así], no es un porcentaje pequeño. Creo que es un error, un personal que ha confundido su sitio. Ese profesorado no debería estar en la Universidad, debería estar en el CSIC. Porque si la docencia no le importa, no le gusta o no tiene vocación, su sitio no es un centro de enseñanza. En mi opinión, un buen profesor universitario debe ser un buen investigador, para tener unos conocimientos actuales y conocer las nuevas tecnologías y las nuevas aplicaciones de los conocimientos y su uso aplicado en el sector productivo, algo que olvidamos con mucha facilidad; y, obviamente, un buen docente que esté también al día de nuevos métodos pedagógicos y nuevas herramientas de apoyo a la docencia. No concibo un profesor universitario sin estas dos cualidades.

Acumula ya una larga carrera como profesor. ¿Ha cambiado mucho la Universidad desde que empezó a impartir clases?

Mucho. El nivel de exigencia es cada vez menor. Cuando oigo que van a cambiar una ley de enseñanza en [la educación] secundaria o primaria, rezo para que no sea así porque ninguna ha mejorado la calidad. Los alumnos son igual de inteligentes, no importa el sistema de enseñanza que hayan tenido, pero su formación es muy mala. Y eso creo que ha influido mucho en cómo se ha incorporado el profesorado nuevo; tienen una mentalidad [en la] que el esfuerzo no se valora, la brillantez tampoco. Cada vez se están cociendo los títulos con mayor facilidad. En general, los baremos de exigencia en la Universidad española han bajado, también la calidad de los profesionales, de manera bastante considerable. La puntilla ha sido el Plan Bolonia; creo que ha destruido las ingenierías superiores. La formación que tenían [sus titulados] ha desaparecido totalmente porque los han igualado con los graduados, que no tienen nada que ver con un ingeniero superior. Un ingeniero técnico tiene un camino de aprendizaje muy diferente a un ingeniero superior. Luego, además, ocurre otra cosa. Antes los títulos estaban muy bien definidos y había un control estatal con un programa concreto; al cambiarse por una serie de competencias más o menos vagas, poco definidas, estamos en una selva de titulaciones que pueden tener denominaciones muy bonitas pero que al final muchas veces nadie sabe lo que son, y a menudo dejan mucho que desear.

Recomendaciones para mejorar la Política Agraria Común

El proyecto SURE-Farm, en el que participa la UPM, propone alternativas a los pagos directos a los productores para apoyar su capacidad de resiliencia.

La Política Agraria Común (PAC), esencial para mejorar la resiliencia de los sistemas agrarios europeos, se centra excesivamente en apoyar la solidez de un orden establecido cada vez más frágil, mientras que descuida la adaptabilidad e incluso limita la transformabilidad. Es la conclusión de los responsables del proyecto europeo SURE-Farm (Towards Sustainable and Resilient European Farming Systems), del que forma parte la Universidad Politécnica de Madrid (UPM) a través del Centro de Investigación para la Gestión de Riesgos Agrarios y Medioambientales (CEIGRAM), tras realizar una evaluación del instrumento de la Unión Europea para otorgar subvenciones a agricultores y ganaderos. Consideran que la PAC debe buscar una mejora en el equilibrio entre robustez, adaptabilidad y transformabilidad que favorezca unas estrategias abiertas a las necesidades regionales y basadas en una visión compartida a largo plazo. Ello implica, en su opinión, buscar alternativas a los pagos directos que aborden específicamente las tres capacidades de resiliencia.

Los investigadores sostienen que un sistema agrario es resiliente si, ante desafíos económicos, sociales, ambientales e institucionales cada vez más complejos y volátiles, puede mantener sus funciones primarias. Entre ellas, producir bienes privados –como alimentos, piensos y fibras– y proporcionar recursos públicos, como servicios ambientales y paisajes atractivos. Las políticas públicas, aunque tratan de fomentar la resiliencia de los sistemas agrarios, fallan en ocasiones. Citan como ejemplos, junto a la creciente burocracia, dar una sensación de seguridad que no es real, fomentar inversiones en sistemas poco viables a la larga o tomar decisiones en función de la actualidad informativa que resultan fallidas por su visión cortoplacista.



Trigo en los Campos de Experimentación Agronómica de la ETSIAAB.

Para evaluar cómo la PAC y sus aplicaciones nacionales permiten o limitan la resiliencia, los responsables de SURE-Farm elaboraron una herramienta denominada ResAT (*Resilience Assessment Tool*). Lo hicieron sobre la base de 11 estudios de casos repartidos por diversas regiones europeas, 6 de ellos muy detallados que incluyeron cursos prácticos con los responsables políticos y los interesados.

El análisis reveló que las medidas se centran, con efectos desiguales y a menudo adversos, en el aumento de la robustez de las explotaciones y los sistemas agrarios. “La mayoría de los recursos financieros se destinan a pagos que proporcionan colchones de reserva para las explotaciones agrarias”, permitiendo así que los actuales modelos de negocio sigan su curso, “cuando de otra manera serían menos rentables”, indica un informe del proyecto publicado en agosto. Añade el documento que, como consecuencia de que esos pagos se realizan principalmente por zonas, las explotaciones pequeñas y los sistemas que requieren menos tierras, como la permacultura, la horticultura y la avicultura, tienen poco acceso a esos colchones de reserva.

Las conclusiones de SURE-Farm señalan que la PAC “debe girar drásticamente hacia dos nuevos puntos de partida” para aumentar la resiliencia: un apoyo normativo más variado a los productores, de modo que las políticas se adapten mejor a las distintas necesidades de cada sistema agrario, y una

visión a largo plazo que pase por “comunicar claramente” las prioridades. En consecuencia, los investigadores apuestan por respaldar, además de la robustez, la adaptabilidad y la transformabilidad, para lo cual reclaman reducir gradualmente los pagos directos con vistas a su eliminación en 2028 y transferir el presupuesto a medidas encaminadas específicamente a favorecer la resiliencia.

Entre las recomendaciones figura utilizar, en combinación con programas agroambientales, esquemas con *ecopuntos* para fomentar, junto a la biodiversidad o los paisajes atractivos, la acomodación a los nuevos desafíos verdes y el cambio climático. También permitir que las organizaciones de productores coordinen la adaptación a los mercados cambiantes o prestar un amplio apoyo a la cooperación y el establecimiento de redes intersectoriales en los programas de desarrollo rural.

Un punto clave para los investigadores es el fortalecimiento de los sistemas de conocimiento e innovación agraria mediante una mayor financiación de proyectos relacionados con esta materia, así como de los servicios que orientan e integran el asesoramiento sobre producción y suministro de bienes. Fomentar el atractivo del sector a jóvenes agricultores a través del apoyo de procesos empresariales innovadores como las sociedades conjuntas (*joint ventures*) y la agricultura apoyada por la comunidad es otra de las propuestas.

‘Para que la ETSIAAB sea un lugar donde volveríamos a elegir estudiar’

“Queremos mirar al futuro y preguntarnos qué podemos hacer para que esta vuelva a convertirse en la mejor etapa de nuestras vidas”.

Por la **DELEGACIÓN DE ALUMNOS DE LA ETSIAAB**

El pasado 9 de marzo un comunicado de la Comunidad de Madrid nos desconcertaba con el anuncio de la suspensión de la actividad presencial en las universidades. Desde entonces, hemos sufrido las consecuencias de no poder ir a clase y asistido a la erosión de la riqueza de la vida universitaria tal como la conocíamos. Con la certeza de que esta situación se acabará, queremos mirar al futuro y preguntarnos qué podemos hacer para que esta vuelva a convertirse en la mejor etapa de nuestras vidas. Damos algunas ideas de aquello a lo que tendremos que prestar atención para que nuestra Escuela sea un lugar donde volveríamos a elegir estudiar.

Lo primero de todo, antes de ponernos a imaginar cómo sería un futuro mejor para nuestra Escuela, es poner en valor y ponderar la importancia que realmente tiene la labor que se realiza en ella. Es cierto que profesores, personal y alumnos merecen un reconocimiento por su actitud durante el confinamiento y por no parar en ningún momento durante el cierre de la universidad, que a efectos prácticos continúa en muchos aspectos. Dicho esto, la actividad no se mantiene por una especie de inercia que nos empuja a conservar el hábito de impartir clases e investigar. En nuestra Escuela se lleva realmente a cabo un trabajo por alimentar el futuro y por desarrollar un exhaustivo conocimiento de lo vivo volcado en mejorar la vida de las personas. No perdamos nunca esta perspectiva y esta responsabilidad a la hora de avanzar y mejorar.

Tomando lo anterior como punto de partida, estamos convencidos de que es necesario redefinir ciertos paradigmas en nuestra formación, la de los futuros



Fachada del edificio Agrónomos de la ETSIAAB.

profesionales del sector. Uno de los problemas académicos más serios a los que hubo que enfrentarse fueron, sin duda, los exámenes. Podremos estar todos de acuerdo en que ni los del curso pasado ni los que llevamos hasta ahora se han desarrollado de forma satisfactoria para todo el mundo, pero, con eso y con todo, hay lecciones que podemos extraer.

La mayoría de los quebraderos de cabeza vienen por el miedo a la copia y el intercambio de información durante las pruebas de evaluación, algo que nos hace preguntarnos: ¿no tendremos en nuestro futuro profesional todas esas herramientas *prohibidas* a mano?, ¿no habrá en el desarrollo de nuestra actividad compañeros en los que apoyarnos? Lanzamos el reto de reflexionar sobre ello. Consideramos que será productivo el trabajo de orientar las clases hacia la adquisición de competencias, haciendo también la evaluación más racional y centrada en ellas. En un mundo en el que la información “en bruto” está fácilmente al alcance, la diferencia estará marcada por la capacidad de utilizar esa información y de ser capaz de trabajar en redes colaborativas de personas que hagan más eficaces los esfuerzos individuales.

Otro hecho del que muchos podemos sacar una lección es el curso intensivo, o incluso forzado, que hemos tenido que hacer para aprender a manejar muchas herramientas tecnológicas que están a nuestra disposición. Desde la impartición de clases hasta la evaluación, pasando por el trabajo colaborativo y la interconexión con cualquier lugar, se nos han abierto oportunidades muy interesantes. Es el momento de incorporar todo esto a nuestro día a día para

ayudarnos a racionalizar los horarios mejorando nuestra eficacia, aunque sin olvidar nunca, que no todo el mundo tiene a su disposición lo imprescindible para cursar una carrera técnica.

En último lugar, hay que pensar cómo se va a redinamizar la vida universitaria cuando se pueda retomar con normalidad. En los confinamientos y posteriores restricciones, hemos echado de menos muchos aspectos de nuestro día a día antes de la pandemia. Algunos los hemos podido recuperar, pero los relacionados con todo lo que va más allá de clases, exámenes y entregas, y aun así siguen siendo parte de la universidad, corren el riesgo de verse muy afectados. En efecto, las relaciones que se construían dentro y fuera de las aulas y hacían de nuestra Escuela lo que muchos hemos calificado de “gran familia” son un patrimonio irrenunciable.

Como ejemplo, podemos nombrar la vida de las asociaciones y las actividades culturales como el teatro, la música o la gastronomía, que se han tenido que dejar suspendidas por ahora. Es cierto que ahora mismo es difícil imaginar un plan que preserve todo esto intacto y la situación sanitaria y económica merece un esfuerzo. Ahora bien, va a ser una tarea trabajosa pero fundamental revitalizarlas para que tanto los alumnos que han empezado este año y no las conocen como los futuros puedan hacer de su etapa universitaria una experiencia que les construya como personas en todas las facetas. Estos meses el mundo ha cambiado mucho y cuando volvamos a la Escuela, tendremos que, entre todos, ser capaces de responder a los retos de una sociedad de la que seguiremos alimentando el futuro.